

## *Patologías de la modernidad*

**José Ángel Bergua Amores**

(Madrid, Catarata, 2019)

Como carta de presentación de esta obra habría que comenzar indicando que cuando el debate sociológico en torno a la Modernidad parecía haber perdido el fuelle de las dos últimas décadas, amenazando con quedar definitivamente orillado, comparece en escena *Patologías de la modernidad* con el propósito de reabrir unos inexplorados horizontes, todavía por desbrozar, en torno a este. Y lo hace, acaso, en un momento, sobre todo, oportuno. La década de los noventa del pasado siglo, observada la creciente desafección con respecto a los *metarrelatos* de la filosofía de la historia de signo emancipador, puso en circulación, hasta lo hiperbólico, el eslogan discursivo de una «crisis de la Modernidad». Empero, dos décadas después nos encontramos en una encrucijada diferente. Estamos, ahora sí, en condiciones de tomar distancia para valorar el curso seguido por el correlato discursivo inspirador de esta crisis de fundamentos moderna. En realidad, podríamos preguntarnos: ¿queda por decir algo original que no fuera ya suscitado con anterioridad, a remolque de los compromisos académicos y editoriales, en torno a los efectos de la Modernidad? Pareciera que la temática hubiese recientemente colapsado, pero a resultas de una saturación de la literatura en torno a ella.

Pues bien, *Patologías de la modernidad* desafía este pronóstico, sugiriendo un sendero analítico para descifrar las claves de la Modernidad todavía muy poco o nada transitado. A despecho de perspectivas sociológicas en boga de corte genérico —digámoslo así— más racionalista, en sus diferentes variantes, apuesta por redefinir la idiosincrasia de las enfermedades estructurales cohabitantes en la Modernidad en virtud del calibrado del substrato arquetípico sobre el cual se ha asentado. Una modulación, a decir verdad, del ahistórico pensar dionisiaco al cual Nietzsche nos incitara reiteradamente a incursionarnos. En esta tesitura es fácil apreciar que el contenido de la obra no se deja enredar en tematizaciones accidentales favorecidas al calor de prerrogativas provenientes de factores externos al saber sociológico o en modas fugitivas fijadas de antemano por la hoja de ruta de una caprichosa actualidad. Por el contrario, su cometido consistirá en ahondar en la naturaleza y evolución de los pilares axiomáticos sobre los cuales la Modernidad se habría fundado, que son los que luego se irradiarán en su totalidad sobre los diferentes planos más específicos de la vida social. Para decirlo con más exactitud, se trata de desvelar el desgaste de unos fallidos arquetipos sobre los que se había configurado la Modernidad, ayudándonos a comprender la lógica oculta de una buena parte de los desajustes de acento estructural afincados en nuestras sociedades en función de esta circunstancia.

La aportación general inducida por esta obra se centra en poner de relieve que muy poco entenderíamos de la fenomenología de la sociedad actual si no enmarcáramos su diagnóstico en un espectro mucho más global y de más hondo calado: el de un profundo cambio de ciclo del latido simbólico-cultural de Occidente. De ahí que se manifieste un afán por evidenciar el destape de una naciente sensibilidad ante el mundo aún de contornos difusos, cuya

fórmula fisonómica más próxima la hallaríamos en los perfiles en ciernes de los postulados del feminismo de la diferencia: el relato —se nos dice— hasta el momento más comprometido con la reivindicación de una singularidad subyugada por los abstractos ideales aupados siglos antes por el ideario ideológico moderno.

El trabajo es una reelaborada segunda edición de una obra publicada años antes, en el 2005, con añadiduras nada accesorias, puesto que llegan a afectar a algunos de sus nudos argumentales medulares. Más en concreto, sus aportaciones específicas se desglosan en los cuatro capítulos y una *exoducción* —a modo de balance final— que componen la obra. Todos ellos con una atención fijada a cuestiones temáticas derivadas del modo diferencial en cómo se ha estructurado nuestra Modernidad occidental, si bien concebidas y elucidadas a partir de una anamnesis de aquello originariamente expulsado o arrinconado en la unilateralidad del proyecto moderno. La obra destila toda ella, pues, un acercamiento al «retorno de lo reprimido» por las instancias modernas que ahora, en nuestro presente, saldría curiosamente a flote. Como colofón a cada capítulo se plantea lo que el autor denomina «una salida» al aspecto concreto con anterioridad escrutado, que no es otra cosa que un bosquejo de pautas aclaratorias en torno a cómo repensar cada uno de los asuntos tratados teniendo presente el anuncio de un reequilibrio del peso atribuido a los distintos rostros del trasfondo arquetípico sostén de nuestra cultura. Así, en el primero de los capítulos se encaran, desde esta perspectiva, los claroscuros del ecologismo, haciendo ver que, en su esencia, con este estaría sugiriendo una otra relación del ser humano con la naturaleza que no se identifica con la fraguada en la Modernidad: la atravesada por una voluntad de dominio. Por tanto, más cálida, sensitiva y hasta erótica. El segundo capítulo aborda como objeto la construcción de la identidad social y la posibilidad, a día de hoy, de una modalidad de intersubjetividad, a tenor de los desarreglos convivenciales visibles con la efervescencia de actitudes de tono xenófobo. Y aquí la receta que nuevamente se baraja es la de un reconocimiento empático, más *feminizado*, de la entidad y experiencia del otro como alteridad que implica, necesariamente, una ruptura con el modelo de marco relacional entre individuos instituido a raíz de la Modernidad. El tercer capítulo está dedicado a la política. Admitido el fracaso de los ideales políticos modernos, aquellos que dieran alas a la metafísica del individualismo liberal, se apuesta, otra vez, por la *potencia* de una dimensión relacional, inmanente, esencialmente anárquica, estimuladora de una autenticidad de lo común, que fuera intencionadamente cortocircuitada por las instituciones modernas. El último de los capítulos se fija en el hedonismo. En este, como actitud de réplica a los ideales ascéticos modernos, hay una toma de posición por revalorizar el significado sociológico de lo inútil, lo lúdico y lo festivo, en torno a lo cual podría vertebrarse un modo de vida de tinte epicúreo en donde se vería realzado aquello antaño oprimido por el arquetipo dominante —y de dominio— que la Modernidad habría alzado como seña identitaria de su programática.

En lo concerniente a una revisión crítica del trabajo, decir que en la adopción de una óptica arquetípica, intrínsecamente reacia a su pliegue en una gramática epistémica que no sea la encarnada en la ancestral sabiduría mítica, radica el mayor reto gnoseológico, así como también la mayor problematicidad, de esta obra. Piénsese en que aquí se propone un examen de los desarreglos más actuales ocasionados por la Modernidad a la luz de la obsolescencia de un arquetipo patriarcal sobre el que ella se fundara, del brote de la sombra de un negado arquetipo matriarcal y, finalmente, de los signos de emergencia de un fratriarcalismo en la estela de la hermenéutica simbólica desplegada por el legado del filósofo Andrés Ortiz-Osés, *alma máter*, junto a un psicoanálisis de impronta lacaniana, de

buena parte de las tesis aquí vertidas. Y en este punto, de la mano de Carl Gustav Jung y A. Ortiz-Osés, el entrevistado arquetipo naciente de la fraternidad resultará determinante, debido a que será el auténtico punto ciego, lo enteramente inaccesible, para la herencia del patriarcalismo que fuera asumido sin reservas como referente por el psicoanálisis freudiano. Fraternidad inspirada, en un sentido genuino, por el *Eros*: un amor primigenio que forjaría una relación de horizontalidad entre iguales sustentada sobre una dinámica de atracción y complementación universal que precede, transgrediéndola, a la dicotómica diferenciación misma establecida entre lo masculino y lo femenino. Con todo, el autor se vacuna con acierto de no caer en la fácil trampa de sustituir, bajo no más que una estrategia de apresurada inversión, el patriarcalismo por el matriarcalismo como pretendida solución mágica para afrontar los retos de nuestro tiempo. Su propuesta final es más compleja y va en una dirección distinta: reivindicar el retorno de lo reprimido —que no a lo reprimido— (femenino) por el patriarcalismo, sorteando la falaz tentativa de una llamada a la instauración de unos renovados patrones arquetípicos que, si bien de partida antitéticos, reproduzcan, al cabo y bajo otra variante, lo peor del primero. En última instancia, se trata de reavivar la dimensión de alteridad tan malparada por el patriarcalismo, para que su despertar encuentre una conjuntada hibridación, en equilibrio, con lo femenino. De lo que, entiende el autor, emanaría una paradójica forma de coincidencia, en armonía, de pulsos sociales que resulta de una unidad sinérgica de contrarios (masculino y femenino) —representada en la anamnesis de la figura mítica del Andrógino—, superadora de la artificiosa polaridad arquetípica misma de la que corrientemente se parte. Huelga decir que la profundidad de la inmersión en el examen aquí llevado a cabo de la Modernidad es algo prácticamente en desuso, y que su impecable diagnóstico resulta sumamente difícil de rebatir. Otra cosa —que solo el tiempo venidero podrá poner en su lugar— es la incógnita no del todo despejada en torno al porqué de la apuesta por un tono unilateralmente optimista desprendido del asomo en la presencia de la fraternidad. Toda vez que ella es primordialmente vista en la dirección de una nueva relacionalidad que, liberada de un sojuzgador peso edípico, daría tránsito a una alternativa vinculación del sujeto con el mundo y con los otros. O, asimismo, no faltarán motivos fundados para preguntarse acerca de si la bien parada anamnesis de lo femenino estuviese lo suficientemente vacunada ante el peligro —cuya sombra no es fácil de escamotear— de acabar *masculinizándose* y suplantar el papel en otra hora de lo masculino, deviniendo hipóstasis con una propensión reactiva por reproducir los males en tantas ocasiones achacables al patriarcalismo. Son estas cuestiones concretas que ciertos aspectos de la obra incitan a debatir, pero porque la hondura sociológica en ella desplegada así lo reclama.

por Ángel Enrique CARRETERO-PASÍN  
Facultad de Filosofía, Universidad de Santiago de Compostela  
angelenrique.carretero@usc.es